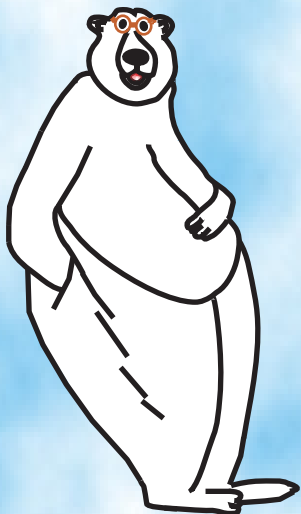


La Institución de la Eucaristía

Lucas 22, 14-71; 23, 1-56



Hola. Te quiero platicar lo que pasó en el momento más importante de toda la historia.

Este gran momento comienza cuando Jesús quiere cumplir con lo que Dios su Padre, le pide. El Padre quiere que todos sepan que Jesús los ama más que nadie.

¿Tú cómo le muestras a alguien que lo quieres más que a cualquier otra persona?

¿Le das un abrazo? ¿Le dices que lo quieres mucho? ¿Haces algo que le gusta, o le das algo que sabes que le va a encantar?

Pero si quieres que sepa que lo amas muchísimo, con todo tu corazón, ¿qué haces?

¿Decirle que la quieres con todo tu corazón? ¿O hacer algo que sabes que le gusta, aunque a ti no te guste tanto? ¿O darle lo que a ti más te gusta?

Jesús tiene una idea. Para mostrarnos a todos que Él nos ama más que nadie, nos da lo más grande que Él tiene, su propia vida.

Jesús te ama tanto que quiere darte su vida.

¿Pero cómo puedes recibir la vida de Jesús?

¡Jesús tiene un plan maravilloso!

Primero, acepta dar su vida. Eso se oye fácil, pero ¿tú estarías dispuesto a morir, para darle tu vida a otro?

Jesús sí, acepta morir. Así, las personas que saben que Jesús las ama y que lo ven morir, reconocen que Él las ama más que nadie, porque Él da su vida por ellas.

Pero ¿y nosotros que no estamos ahí cuando dé su vida?

Jesús necesita que todas las personas, de todos los tiempos y de cualquier lugar del mundo, puedan estar presentes cuando Él dé su vida.

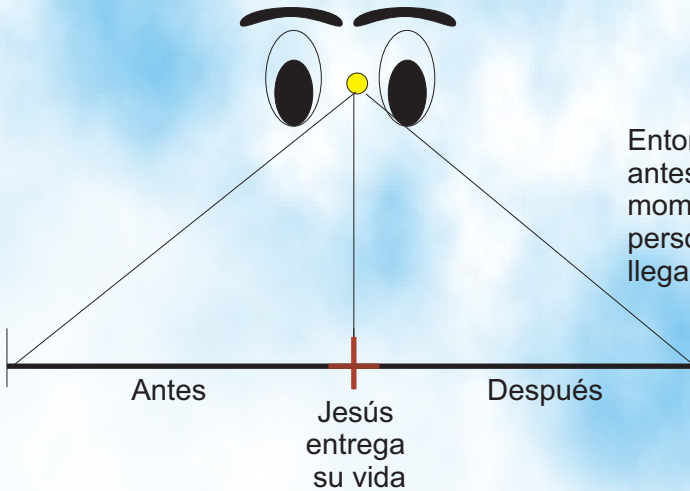
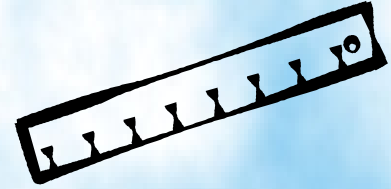
Parece que eso es imposible. Pero para Dios ¡todo es posible!





Por eso, el momento en que Jesús dé su vida, no solo va a suceder en el tiempo de los hombres. Es ese tiempo que se mide en años, meses, días, horas, minutos y segundos, sino en el tiempo de Dios. Ese tiempo no se mide.

¿Cómo que no se mide? Sí, no se mide, porque en el tiempo de Dios no hay antes ni después, sino que todo sucede en el ahora.



Entonces es como si desde un solo punto, pudieras ver el antes, el ahora y el después. Así en el tiempo de Dios, el momento en que Jesús entregue su vida, podrá llegar a las personas que vivieron antes de Jesús y también a las que llegamos después.

Pero los que llegamos después de Jesús, ¿cómo nos vamos a enterar de que Él entregó su vida por nosotros?



Jesús tiene otra idea: Por medio del pan y el vino, nos va a dar su propio Cuerpo y su propia Sangre. El mismo Cuerpo y la misma Sangre que va a entregar al morir.

Jesús con esto en mente, aprovecha una cena muy importante para los judíos: La Cena Pascual.

Cuando Jesús y sus apóstoles están a la mesa les dice: «Ardientemente he deseado comer este cordero pascual o celebrar esta Pascua con ustedes, antes de mi pasión. Porque Yo les digo, que ya no la comeré otra vez, hasta que la Pascua tenga su cumplimiento en el reino de Dios».

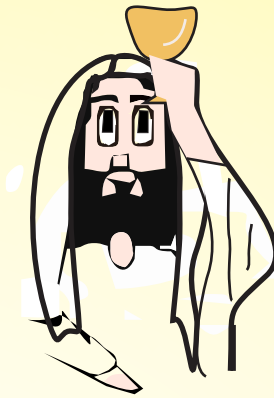


Jesús tiene muchas ganas de realizar su plan. Ya le urge. Quiere hacerlo antes de morir. Él sabe que ya no va a volver a comer de la misma manera, pues está a punto de regresar a Dios, a su Reino.

Jesús toma una copa, da gracias a Dios y dice: «Tomen, y distribúyanlo entre ustedes. Porque les aseguro que ya no beberé del zumo de la vid, hasta que llegue el reino de Dios».

¿Te acuerdas cuál es el producto de la vid? Sí, es el vino.

Jesús sabe que a partir de ese momento, ya no va a tomar el vino de la misma manera que antes, pues ahora, por medio del vino, Jesús nos va a dar su Sangre.



Después de que acaba la cena, Jesús toma pan. Da gracias a Dios. Lo parte y se los da diciendo: «Este es mi cuerpo, el cual se da por ustedes, hagan esto en memoria mía». De igual modo, después de cenar, toma el cáliz, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derramará por ustedes».

¡Este es justo el momento en que Jesús, por medio del pan y del vino, nos entrega su propio Cuerpo y su propia Sangre. El mismo Cuerpo y la misma Sangre que va a entregar al morir.

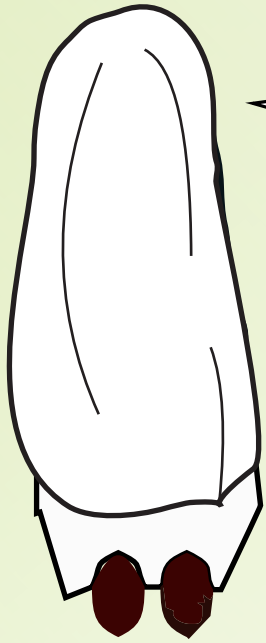
Jesús quiere que hagamos esto en memoria suya. Pero no para acordarnos de algo que pasó hace mucho tiempo, sino que quiere que, en cada Misa, cuando el sacerdote repite estas palabras, nos demos cuenta, de que somos trasladados al tiempo de Dios, en el que Jesús nos está dando su vida, porque nos ama más que nadie. Nos entrega a cada uno, su Cuerpo y su Sangre.

Cuando acaban de cenar, sale Jesús, y se va, según su costumbre, hacia el monte de los Olivos para orar. Le siguen también sus discípulos.

Cuando llegan ahí les dice: «Oren, para que no caigan en tentación».

Satanás quiere ganarles a los apóstoles en la batalla . Por eso, Jesús les dice que oren para no caer en la tentación. Pues a partir de ese momento van a suceder cosas muy graves.

Jesús se aparta de ellos como un tiro de piedra, y puesto de rodillas ora:



«Padre mío, si es de tu agrado, aleja de mí este cáliz. No obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya».

Jesús también está en combate. Pues por un lado, quiere realizar su plan de salvar a los hombres y mostrarles que Él los ama más que nadie. Pero por el otro lado, no quiere hacer suyo el pecado de todos. Porque el pecado es horrible. Nos aparta de Dios. Por eso, le dice a su Padre: «si es de tu agrado, aleja de mí este cáliz». Es decir, si te parece bien, si hay otra opción para realizar esta obra, sería muy bueno. Pero no quiero que las cosas se hagan como Yo quiero, sino como Tú quieres.

Entonces se le aparece un ángel que viene del Cielo y lo conforta.



Tan terrible es el pecado. Jesús, ahí ve uno por uno los pecados de todos los tiempos y Él los expía, los hace suyos. Esto lo sumerge en una tristeza mortal, que llega hasta la agonía.

Llora la ofensa a Dios y la pérdida de todos nosotros. Pues la consecuencia del pecado es la muerte para ti y para mí. Por eso Jesús nos va a salvar.

Y Él no solo llora con lágrimas, sino que le viene un sudor, como de gotas de sangre, que chorrean hasta el suelo. Este es el dolor por el pecado.

Jesús nos enseña que su corazón siente un dolor tan grande por el pecado, que está triste, triste hasta la muerte.

En este momento Jesús dice sí al Padre, y acepta el sufrimiento y la muerte.

La fuerza de Dios está con Él y por eso puede levantarse de la oración e ir a donde están los discípulos.

Ellos, en lugar de orar, se quedan dormidos por la tristeza.

Jesús les pregunta: «¿Por qué duermen? Levántense y oren, para no caer en tentación».

Satanás se quiere oponer a que Jesús realice su plan de salvación en ellos. Por eso Jesús les ordena que sigan su ejemplo, que oren y estén atentos para poder triunfar.

Luego llega un grupo de gente a llevarse a Jesús. Es la hora. Es el momento en que sus enemigos lo prenden. Le va a ser permitido a Satanás, que el poder de las tinieblas entre en acción, para llevar a Jesús hasta la muerte.

Los hombres que tienen atado a Jesús se burlan de Él y lo golpean. Le vendan los ojos y le preguntan: “Adivina, ¿quién es el que te ha herido?” Y repiten otros muchos insultos, blasfemando contra Él.

Le ponen en la cabeza, la corona de espinas, para ridiculizar la corona de la cabeza del Rey de reyes, que es Jesús.

En cuanto se hace de día, se reúnen los ancianos del pueblo, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y lo hacen comparecer en su concilio. Es decir, está la gente que conoce muy bien la religión judía.

Jesús va a ser interrogado por ellos, sobre si Él es el Mesías. Esto es, si Él es el nuevo y auténtico Rey, ungido por Dios, para guiar al pueblo de Israel, el pueblo de Dios.

Le dicen: "Si tú eres el Cristo o Mesías, dínoslo".

Jesús responde: «Si se los digo, no me creerán. Y si Yo les hiciera alguna pregunta, no me responderán, ni me dejarán ir. Pero después de lo que ven ahora, el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios».

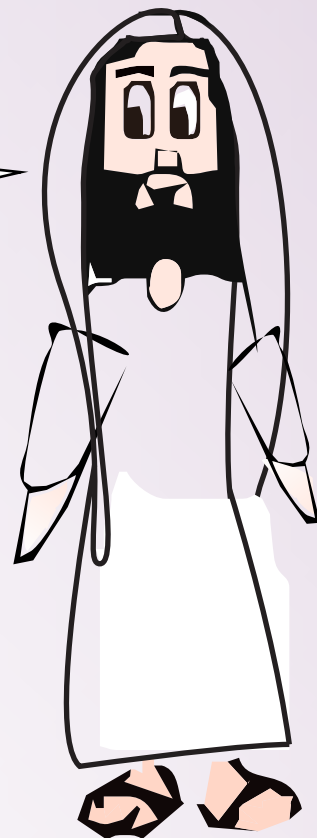
Le dicen entonces todos: "¿Luego Tú eres el Hijo de Dios?"

Jesús les responde:

«Así es, que Yo soy, como ustedes dicen».

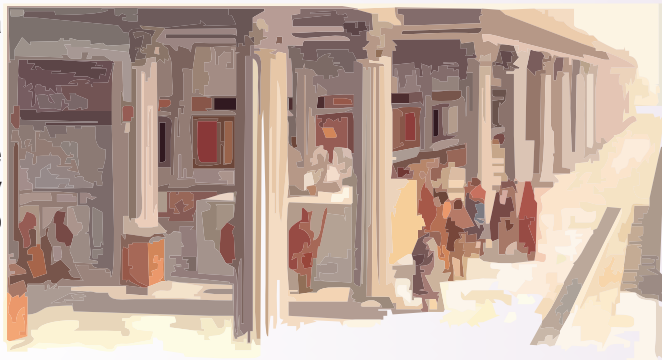
Jesús está diciendo que Él es el Mesías, el Hijo de Dios. Es Dios mismo que se hace hombre. Por eso usa el Yo soy. Que solo puede usar Dios.

Dicen ellos: "¿Qué necesitamos buscar otros testigos, cuando nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca?"



Se levantan. Y lo llevan ante Pilato. Él es la autoridad de los romanos. Los judíos están dominados por los romanos, en ese tiempo.

Comienzan a acusar a Jesús. Dicen: "A este le hemos hallado pervirtiendo a nuestra nación y prohibiendo pagar los tributos a César, y diciendo que Él es el Cristo o el Ungido Rey de Israel"..



A los romanos no les interesa mucho la religión de los judíos. Si Jesús dice que Él es el Mesías, a Pilato no le importa. Por eso, los judíos tienen que decir que Jesús: levanta al pueblo. Impide que se paguen los impuestos. Y dice que es rey.

Pilato se fija en lo de rey. Y le pregunta: "¿Eres tú el rey de los judíos?"

Jesús le responde: «Así es, como tú dices».

Pilato reconoce que Jesús es inocente y pacífico. Por eso dice a los sumos sacerdotes y a la gente: “Yo no hallo delito alguno en este hombre”.

Pero ellos insisten. Y dicen: “Tiene alborotado al pueblo con la doctrina que va sembrando por toda la Judea, desde la Galilea donde comenzó hasta aquí”.

Al oír esto, Pilato pregunta si Jesús es galileo. Al saber que es de la jurisdicción de Herodes, lo manda a Herodes, que en esos días, está en Jerusalén.

Pilato piensa que así se quita un gran problema de encima.

Cuando Herodes ve a Jesús se alegra mucho. Pues hace mucho que quiere verlo, por las cosas que oye de Él. Espera que haga un milagro en su presencia.

Le hace muchas preguntas, pero Él no responde nada.

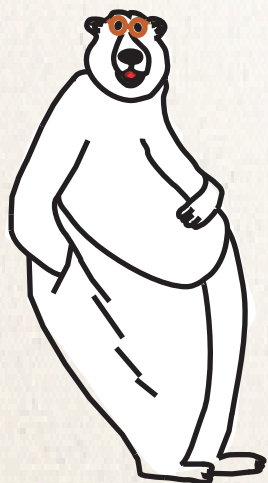
Están allí los sumos sacerdotes y los escribas. Lo acusan con insistencia. Pero Herodes, con su guardia, lo desprecia. Y para burlarse de Él, lo hace vestir de una ropa blanca, y lo vuelve a enviar a Pilato. Aquel día Herodes y Pilato se hacen amigos, pues antes estaban enemistados.



Pilato convoca a los sumos sacerdotes, a los magistrados y al pueblo y les dice: "Ustedes me han presentado este hombre como alborotador del pueblo, y he aquí que habiéndole yo interrogado en presencia suya, ningún delito he hallado en Él de los de que le acusan. Pero ni tampoco Herodes, puesto que lo remití a él, y por el hecho se ve que no le juzgó digno de muerte. Por tanto, después de castigado, lo dejaré libre".

Pilato tiene que dar libertad a un reo cuando llega la fiesta de la Pascua. Y todo el pueblo a una voz clama: "Quítale a éste la vida, y suéltanos a Barrabás".

Barrabás está en la cárcel por un motín que hubo en la ciudad. Y por matar a alguien.



Pilato les dice de nuevo, con la intención de librar a Jesús. Pero ellos siguen gritando: “¡Crucifícalo, crucifícalo!”

Por tercera vez, Pilato les dice: “¿Pues qué mal ha hecho éste? Yo no hallo en Él delito ninguno de muerte, así que, después de castigarlo, lo daré por libre”.

Pilato sabe que Jesús es inocente. Como no quiere que lo maten, les dice que lo va a castigar. Haber si así ya se quedan tranquilos. Pero ellos insisten y piden a gritos que sea crucificado y gritan más fuerte.

Pilato es débil y suelta al que le piden. Al que está en la cárcel por motín y asesinato. Y les entrega a Jesús.

Ya se acerca el momento en que Jesús va a entregar su vida por todos nosotros. Y lo va a hacer muriendo como el peor de los criminales, muriendo en una cruz.

Jesús tiene que cargar el mástil horizontal de la cruz. Porque el vertical ya está en el lugar de la crucifixión. Jesús está agotado. No puede llevar la cruz. Por eso obligan a un hombre que viene del campo, llamado Simón de Cirene, a que cargue la cruz y que la lleve detrás de Jesús.

Lo sigue una gran multitud del pueblo y mujeres que lloran por Él.

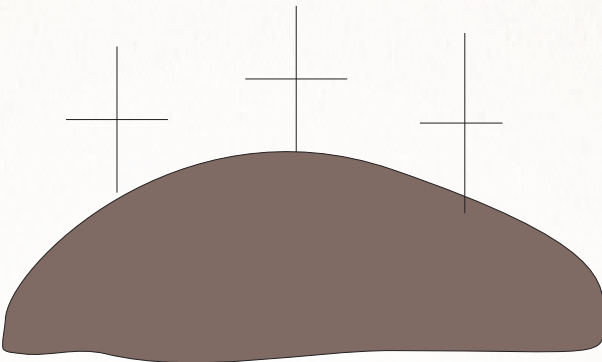
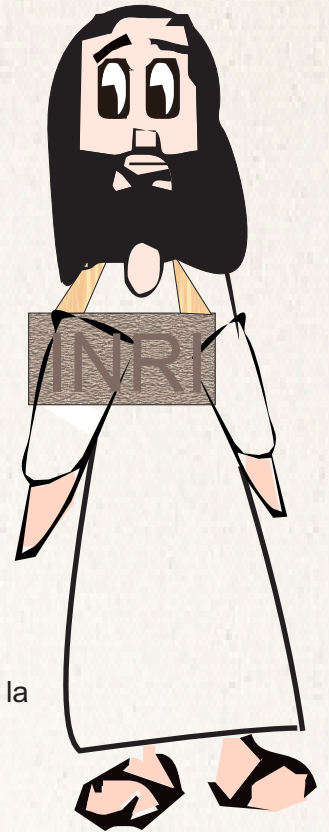
Jesús les dice: «Hijas de Jerusalén, no lloren por Mí, lloren por ustedes mismas, y por sus hijos. Porque pronto vendrán días en que se diga: Dichosas las estériles, y dichosos los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caigan sobre nosotros; y a los collados: sepúltenos. Pues si al árbol verde lo tratan de esta manera, ¿en el seco qué se hará?».

Jesús les dice que ellas y sus hijos, y todo el pueblo, se van a sentir tan mal de haber llevado a Jesús a la muerte, siendo inocente, que van a preferir que los montes les caigan encima.

Junto con Jesús van dos malhechores, que también van a morir.

Llegan al lugar llamado Calvario. Le crucifican allí a Él y a los malhechores. Uno a la derecha y otro a la izquierda.

Jesús dice: «Padre mío, perdónales, porque no saben lo que hacen».



Jesús le pide a su Padre que los perdone. Que perdone a Judas por entregarlo, a Pedro por negarlo, al Sanedrín por quererlo matar, a Pilato por entregarlo al Sanedrín, y a todos los que han tenido algo que ver con su muerte.

Tú también tienes algo que ver con su muerte. Jesús ha querido morir por ti para salvarte y mostrarte todo su amor. Así es que Jesús también en ese momento le ha pedido a su Padre que te perdone, por todas tus faltas de amor y confianza.

El pueblo lo está mirando todo. Los principales se burlan de Jesús, diciendo: "A otros ha salvado, que se salve pues a sí mismo, si Él es el Cristo o Mesías, el escogido de Dios".

Los soldados también lo insultan. Le acercan vinagre y le dicen: "Si Tú eres el rey de los judíos, ponte en salvo".

Está colocado sobre la cabeza de Jesús un letrero escrito en griego, en latín, y en hebreo, que dice: ÉSTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS. Y uno de los ladrones que están crucificados, blasfema contra Jesús. Dice: Si Tú eres el Cristo o Mesías, sálvate a ti mismo, y a nosotros".

Pero el otro le dice: "¿Cómo, ni aun tú temes a Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Y nosotros, a la verdad estamos en él justamente, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos, pero éste ningún mal ha hecho". Le dice a Jesús: "Señor, acuérdate de mí, cuando hayas llegado a tu reino".

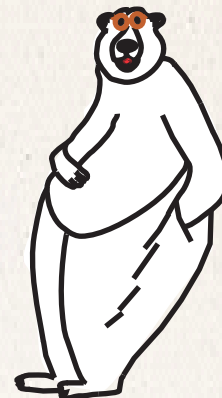
Jesús le dice: «En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso».

Era ya cerca de la hora sexta, cuando se oscureció el sol y toda la tierra quedó en tinieblas hasta la hora nona.

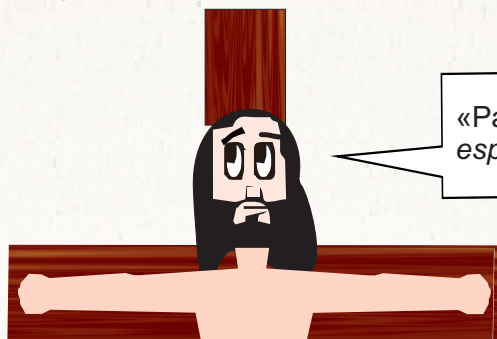
Eso significa que desde las 12 del día hasta las 3 de la tarde, hubo una oscuridad, que duró todo el tiempo que Jesús estuvo en la cruz. Y terminó cuando Jesús murió. Este lapso en oscuridad, parece que es obra del poder de las tinieblas.

Sin embargo, un mundo nuevo va a surgir después de la muerte de Jesús.

El velo del Santuario se rasgó por el medio. Eso significa que con la muerte de Jesús ha quedado abierto el acceso a Dios para todos los hombres. Gracias a Jesús, todos somos amados, perdonados y salvados por Dios.



Y llegó el momento de dar la vida. Jesús, dando un fuerte grito, dijo:



«Padre, en tus manos pongo mi espíritu».

Y diciendo esto, expiró.

Jesús deposita toda su confianza en su Padre. Se entrega con tranquilidad, pues sabe que está en las manos de su Padre que lo ama.

El centurión que ve lo que acaba de suceder, glorifica a Dios, diciendo:

"De verdad era éste un hombre justo".



Después de todo lo que pasa, este soldado romano, que tiene a su cargo 100 soldados, reconoce que Jesús es inocente.

Hay un hombre llamado José. Es miembro del Consejo. Es un hombre bueno y justo, que no quiere que maten a Jesús. Él es de Arimatea, ciudad de Judea. Y espera el Reino de Dios.

Él se presenta a Pilato, y le pide el cuerpo de Jesús. Lo descuelga de la cruz, lo envuelve en una sábana, y lo coloca en un sepulcro excavado en la roca, en donde nadie había sido sepultado.

Ese día es el de la preparación. Ya casi va a ser Sábado. Las mujeres que han seguido a Jesús desde Galilea, van detrás de José. Observan el sepulcro, y la manera en la que es depositado el cuerpo de Jesús. Y al volverse, toman aromas y bálsamos, aunque durante el Sábado se mantienen quietas, según el mandamiento de la Ley. Y no van al sepulcro.



Erika María Padilla Rubio